

# Simone de Beauvoir

## Crisis del eterno femenino

MANUEL DE PEDRO SAINZ

El pensamiento de Simone de Beauvoir es una sinfonía estridente para los oídos acostumbrados a las melodías tradicionales sobre la mujer. Sin embargo, aunque no le guste a ella, se delata como una continuadora del pensamiento de San Pablo: "Ya no hay hombre ni mujer", y aunque no nos guste a nosotros, quizá esté llevando adelante la tarea de liberación de la mujer, comenzada por los cristianos en la era de los esclavos.

Simone de Beauvoir, "una gran pasión por hacerse a sí misma" y "símbolo de la mujer que se logra", expone sus experiencias y sus conclusiones en dos obras: una de corte filosófico, "El Segundo Sexo", y la otra de tono vivencial, "Memorias de una Joven Formal". Sintéticamente se reducen a esto:

1. La situación femenina es inferior a la del hombre.
2. Esta inferioridad no se debe a una naturaleza, un eterno femenino inapelable, sino a la educación que se le ha dado a la mujer.

Estos hechos, confirmados a lo largo de la historia con erudición y sensibilidad, analizando textos y desvelando la intimidad de los diarios, nos presentan a la mujer co-

mo un fracaso deprimente y denigrante que exige un nuevo planteamiento. Al final nos detendremos en sus remedios, ahora comenzamos con la exposición de los rasgos más salientes de esta biografía femenina.

La INFANCIA de la mujer es el primer encuentro con la vocación de pasividad, coquetería y maternidad a la que destina su sexo. A la niña se la mima, se la acaricia, se la consuela y se la protege contra la soledad infantil ("mi cielo estaba estrellado por una constelación de ojos benévolos"), mientras que a los varones los olvidan sus padres en la actividad, los juegos, la "exteriorización" y la solución de sus propios problemas. Aun cuando se las oriente a actividades deportivas y escolares, no se les exige que triunfen, mientras que a los niños no se les perdona el fracaso. ("Yo quería que todas jugaran seriamente, respetando las reglas y disputando ásperamente la victoria." Ella es distinta.)

Desde la infancia encuentra la mujer que su destino está subordinado al del varón y que es él en quien se tiene que apoyar ("la mujer es lo que el hombre hace de ella"). Entrevé que no está destinada a grandes cosas; desde el primer encuentro que tiene con la historia cae en la cuenta de que todas las personalidades han sido hombres. La mujer nace con una muñeca en los brazos; el hombre, con una espada en la mano. El niño la persigue, se ríe de ella; la niña se

entrega a la contemplación y al narcisismo, con lo que, además de compensarse, descubre cuál es la droga que desarma al varón: la belleza. Por esto, sin necesidad de recurrir a complejos inconscientes, la niña se refugia en su padre porque él idealiza todas las cualidades viriles que ve en su contrincante. En él se recuesta, se evade y se siente segura. ("Asistir a solas con mi padre a un espectáculo creaba entre nosotros tal complicidad que durante horas tenía la impresión embriagadora de que me pertenecía a mí sola.")

De una forma indefinida, la niña entra en la adolescencia, época en la que ha de cargar con un cuerpo doliente y alterado. La madurez biológica (menstruación, senos) la desconcierta y le causa trastornos interiores. Con la intuición de que lo sexual es sucio y grosero ("había una palabra que a menudo estaba en la boca de los adultos: es inconveniente") y con la captación de lo sexual como algo difuso, la muchacha no concibe que puedan conciliarse la sexualidad con la espiritualidad, por lo que se encuentra dividida ante el hecho más significativo de su vida adolescente. ("Me habían enseñado a no mirar a mi cuerpo.")

Lo relativo a la sexualidad masculina se expresa en términos de lucha, victoria, posesión, mientras que la expresión femenina sugiere pasividad de la cosa tomada, sumisión, objeto deseado o poseído. Mujer es igual a cosa deseada. Caliente o fría son calificativos pasivos que la definen. Ella quiere ser un tesoro fascinante y no una cosa que se toma, pero en este conflicto (objeto-sujeto) del que no sabe salir, y ante una sumisión, segundo plano e inseguridad obligatoria, elige arrojarle en el Hombre en cuanto tal, coloso, mentor, imagen real del sueño ideal que se había hecho de su padre. ("Son muchas las que consideran el casamiento como una solución definitiva y no como un punto de partida.")

Convencida de esto, entra ya diezmada en la edad del amor. Amor que es lo más grande de su existencia, su propia vida, mientras que para el hombre es poco más que una ocupación. Se enamora de un ser superior —nunca de uno inferior— y tiende a perderse en sus brazos. ("Tengo horror de ese amor que me encadena.") Pero no lo

percibe como aniquilamiento; lo que hay en ella de anulación es el reflejo de una voluntad decidida de llegar a ser alguien.

El amor en la mujer no es sexual, ha de ser muy cínica para considerarlo como un intercambio de placer. Solicita a la persona y no al sexo. Y después del coito se sorprende mucho más ligada a su amante que antes de él. Lo contrario de lo que pasa con el hombre. Una enamorada se cree imprescindible y no le basta con ser considerada útil. Si ve que el amante no responde a sus deseos, lo considera como un usurpador y lo castiga con la frigidez. Es la única defensa ante el varón y termina pagándola ella, ya que éste busca un arreglo sexual con más facilidad que la mujer.

Por muy justificada que esté, la claudicación de la mujer ante el hombre no deja de ser una derrota. Esta debería amar con su fuerza y no con su debilidad, no para huir, sino para encontrarse, no para renunciar, sino para afirmarse, ya que el amor auténtico debe fundarse sobre el reconocimiento de dos libertades. Tiene que asumir la contingencia del otro. No debe pretender su salvación, sino una relación interhumana de superación mutua.

La mujer que claudica ("cualesquiera que sean las lágrimas que uno llora, termina siempre por sonarse") va directa al matrimonio, más como solución estable de sus intereses que como expresión de su sentimiento amoroso. Sería muy difícil demostrar que la elección de esposo es un acto plenamente libre. La solución está en no claudicar, y aun esto tiene sus peligros; al no ceder la mujer se considera a sí misma como fin supremo, pierde su sentido de relación con otro, se hace objeto y sujeto a la vez, y en definitiva cae en el narcisismo, con toda la insatisfacción que éste encierra. (No está exenta de esto la terquedad con que Simone de Beauvoir afirma su propia personalidad en el medio ambiente, por lo menos a sus años veinte.)

El matrimonio comienza para la mujer con una exigencia dolorosa —la iniciación sexual— que la confirmará con todo realismo en su papel secundario en la vida. Cae en la cuenta de lo que significa la

distensión total y la anulación en brazos de su amante. Todo esfuerzo voluntario compromete hasta la satisfacción completa de la unión. La sexualidad se le aparece como un servicio que presta a la sociedad y mediante el cual canjea el privilegio de beneficiarse de ella a través de su esposo. Lo erótico es bien visto entonces (sólo son castos los senos de las madres). Y la maternidad, que es un honor en una casada, es una deshonra en la soltera. Hasta en aquello en lo que la mujer es reconocida, el sexo, tiene las de perder. Su primera experiencia es penosa, aun consentida. Aparte todos los prejuicios que pueda tener contra ella, el hecho mismo le parece una violación. Ella se siente aprisionada y herida en su interior, mientras que el hombre se yergue y solamente compromete algo exterior.

El matrimonio es el destino hacia el cual la ha orientado la sociedad ofreciéndole la plenitud del ser, pero no la consigue. Necesita al hombre porque es la única forma de ser incorporada a la sociedad; lo necesita porque una emancipación moral supone una liberación económica; lo necesita porque es mucho más cómodo vivir casada que soltera; pero cuando analiza su situación desde dentro, no encuentra lo que deseaba. Se da cuenta de que el matrimonio es algo muy distinto del amor y de que el coito sin amor es un acto tan solitario como la masturbación.

Una mujer fracasada en el matrimonio buscará su plenitud en el adulterio, en las amistades o en la vida social; pero tampoco le darán la oportunidad de realizarse. ("Los placeres y las amistades eran como ramas que lo sostenían a uno precariamente sobre el vacío." La única posibilidad entrevista es la maternidad, al menos así piensa la mujer, ya que desde joven le han dicho que está destinada a engendrar. ¿Logra en realidad en el hijo su plenitud humana? No siempre. En primer lugar descubre que el proceso de creación del hijo lo realiza en la mayor facticidad y contingencia; el hijo se hace en ella, pero no es una "creación" suya. Descubre enseguida que el hijo es una carga pesada; para muchas mujeres, sobre todo para las coquetas, el embarazo les molesta, sencillamente porque las deforma (afilando mucho, los psicólogos

quieren descubrir en los vómitos un deseo inconsciente de liberarse de la criatura). El hijo, para otras, es una especie de imagen de su propia muerte, pues metafóricamente es el agua de una fuente que comienza a agotarse.

El hijo no supone la plenitud sexual en el hecho de ser engendrado. Este puede nacer sin haber sentido la mujer ningún placer en su concepción. Y frecuentemente el temor de tenerlo es un obstáculo entre los esposos en la realización del acto conyugal. Por último, la madre tiende a considerar al hijo como cosa propia y la vida le hará ver que éste orienta su vida hacia el futuro y no hacia el pasado.

A una mujer que ha fracasado en la maternidad no le queda más evasión que la vida de sociedad. Esta le cae bien, ya que su papel de representar a la familia se confunde con el placer que ella siente en mostrarse; pero normalmente, si no hay mucho desprendimiento y generosidad, la vida social se convierte en una carga más, que no arranca a la mujer de su soledad. Precisamente por la falsedad que ésta lleva en sí.

La mujer ve llegar galopando, después que ya lo ha visto todo, esa longevidad prolongada —de más de cuarenta años— en los que no tiene nada que hacer porque ya nadie le pide nada. Edad difícil en la que tendrá que torear demasiados problemas; son las molestias de la menopausia, más psicológicas que físicas; son los sueños de lo que hubiera podido ser; los anhelos de aventura y de volver otra vez a la infancia; los recuerdos amargos; la búsqueda de socorro en Dios; los esfuerzos por crear escuela, enseñar, educar. Es el sentimiento de inutilidad y su gran preocupación de cómo matar el tiempo. Ahí está esa clásica dedicación a obras benéficas que más benefician a las que las practican que a los demás.

Por muy deprimente que aparezca éste, es el destino de muchas mujeres, sobre todo de aquellas más preocupadas en el descubrimiento de su misión de mujer. A él las condena la sociedad como una necesidad que les impone la naturaleza. Y lo peor es que, visto así, no tiene solución.

El error está en que la mujer ha olvidado su condición humana; lo

substantial ha sido absorbido por lo accidental, siendo así que en ella y en el varón lo humano es más importante que todas las singularidades.

El destino de la mujer está en la independencia y su plenitud en la liberación, cosas difíciles de conseguir, ya que están en contra de toda una tradición secular y aceptarla es arriesgarse a una marcha en solitario. La independencia supone que la mujer no debe entregarse al hombre por comodidad, ni buscando un seguro de vida. Tampoco indica que su liberación del hombre la hará descuidar su feminidad.

Admitiendo que amor y matrimonio son distintos, tampoco hay razón para obligar a todas las mujeres al matrimonio. No todas tienen esa vocación. Pero esto obliga a dar a las mujeres la oportunidad de encontrar caminos donde satisfagan su deseo sexual.

Mucho menos está obligada a la maternidad, aun dentro del matrimonio; por eso la independencia supone libertad en el control del ovario: aborto y control de natalidad.

También caben en la mujer las posibilidades de la prostitución, del narcisismo y de la mística, pero ninguna la satisfará si no las proyecta hacia la sociedad en orden a buscar la comunión con los demás. Hoy por hoy, la mujer sólo se siente responsable de su familia, no de la humanidad, y es por eso por lo que hay tan pocas mujeres en la cima de la genialidad. El mundo, no sólo la mujer, necesita de la independencia femenina. Y para lograr esa suprema victoria es preciso que hombres y mujeres afirmen sin equívocos su fraternidad.

Para enjuiciar eficazmente las conclusiones voy a tener en cuenta, antes de nada, la personalidad de la mujer que ha llegado hasta ellas:

Simone de Beauvoir es una mujer lograda, se ha realizado socialmente mejor que muchos hombres, enfrentándose a su familia, a su ambiente y a su tradición. Lógico que vea tan diminuta a la mujer desde la cima de su grandeza.

No ha conocido la maternidad, ni la ha pretendido; y por eso habla tan fríamente de la felicidad de ser madre.

Desde pequeña aparece en ella

una inclinación antimatrimonial. ("Yo no me casaré nunca.") Es una inclinación robustecida con los años, pues a medida que aspiraba a realizarse como mujer, veía al esposo como un obstáculo.

Otro punto que hay que tener en cuenta es la base de sus ideas:

Está aferrada al existencialismo y su obra no es más que una aplicación a la mujer de los principios que este sistema afirma de la humanidad. La eliminación de esencias y naturalezas la obliga a negar el eterno femenino y a buscar, sin más discusión, las bases de las constantes femeninas a lo largo de la historia: las encuentra en la educación.

Según el sistema, "el hombre es lo que se hace". Esto anula a la mujer que no tiene ningún papel significativo en la vida.

Antes de buscar una mejora de la existencia hay que descubrir si ésta tiene algún sentido, y si no lo tiene, ¿para qué seguir echando hijos al mundo?

Después de haber comprendido esto, que tanto mitiga la fuerza de sus afirmaciones, podemos ir al análisis de lo que es discutible sobre cualquiera de las bases que nos apoyen:

Es una realidad frecuente que no es el amor el fiel compañero del matrimonio. ¿Sería la solución acabar con el matrimonio? Esto significa poner el "entendimiento de los esposos" por encima de la familia, de los hijos, de la sociedad. ¿En función de qué esta preferencia? No pretendemos tener la solución definitiva, pero tampoco ésta, por ser más radical, nos parece más segura mientras no haya otra institución que asegure el amor sin destruir la familia.

Tampoco queremos atacar intensamente las afirmaciones en contra del eterno femenino. Es un problema filosófico, y probablemente de nombre. Mientras la mujer tenga una constitución orgánica tan diferente a la del hombre, y la singularidad de ser el único ser que puede continuar la especie, no nos extraña que tenga un carácter, unas inclinaciones y una forma de ser distinta de la del hombre; y afirmar que éstas se deben a su educación nos parecen un fundamento menos sólido y menos real para explicar su constancia, sin

quitar valor a los esfuerzos que la escritora hace en probarlo.

Muy ligada a esto está la afirmación de que la mujer no se logra porque no hace nada. ¿Qué puede hacer la mujer mejor que tener hijos y educarlos? ¿Hay otro trabajo femenino más noble, más amplio, más artístico? Admitimos que no todas las mujeres están llamadas a él, lo que probablemente más es un defecto que un mérito en su condición de hembra; pero no podemos creer que se "logre mejor" en otro trabajo. Y si analizamos las causas de la inclinación de la mujer a una ocupación extrahogarera, probablemente encontraremos que la dificultad económica, la exaltación del sexo "sin consecuencias" y las exigencias de la concepción son los factores que determinan esta preferencia actual de la mujer.

Pero noto que voy quitando méritos a la obra de Simone de Beauvoir sin reconocer sus valores: Si la situación femenina ha comenzado a caminar con más conciencia tras su ideal, se lo debemos a esta mujer. La mujer se siente hoy más libre y más satisfecha. Ha comprendido que frecuentemente se anulaba al poner su confianza en la personalidad legendaria del esposo. Está saliendo de una especie de proletariado en el que la sociedad la había hundido. Nadie ha estudiado como ella las causas de la inferioridad de la hembra, y aunque no haya acertado con todos los caminos, ha sido la que ha obligado a las mujeres a caminar. Y ella por delante.

Nos ha coaccionado a repensar las bases en las que se apoyan nuestras afirmaciones tradicionales sobre el adulterio, el divorcio, el amor libre. Y aunque sigamos afirmándolas no podremos hacerlo con los mismos argumentos. Ha suprimido con una simple tachadura la exageración que teníamos de que la mujer es propiedad del marido, cimiento de muchos errores. Ha orientado a la mujer hacia una mayor seguridad en sí misma, hacia un mejor aprovechamiento de los recursos de la vida, hacia una comunión de amor más personal.

Aunque no nos quedemos con sus bases ni aceptemos todas sus conclusiones, reconocemos su gran tarea; y dentro de su frío pesimismo, el ideal femenino aparece como una gran esperanza para el futuro.